

## Villena y los clásicos

**Libros** Por Luis Alberto de Cuenca.

Desde muy pequeño, Luis Antonio de Villena sintió en su piel y en lo más hondo de su alma el confortante aguijón de los clásicos grecolatinos. Allá por los años 60 del siglo pasado, compartí con él muchas horas de charla sobre literatura antigua. In illo tempore, Villena era un ovidiano irredento, con incursiones, cómo no, en el universo iniciático de la Antología Palatina, que, leída y releída en la noble y añeja colección Budé, patrocinada por las Universidades de Francia, supuso una auténtica revelación estética tanto para él como para el que suscribe. Luis Antonio acabaría estudiando Filología Hispánica, pero el caso es que se movía como pez en el agua por toda la diacronía de autores griegos y romanos, desde Homero hasta la caída del Imperio Romano en poder de los bárbaros. Tanto le fascinaban las letras clásicas que llegó a pergeñar una novela de ambiente peplum, *Mircea*, mujer romana, o el precio del pecado, a la que tuve acceso y que estaba escrita con la deliciosa ingenuidad propia de un chico de catorce años, además de incluir una serie de bonitas ilustraciones por él dibujadas que evocaban la libertad sexual de la que carecíamos por aquel entonces en España.

El espacio cultural grecorromano se nos antojaba un ideal al que tender. En eso no nos diferenciábamos en nada de los humanistas del Quattrocento. Éramos muy jóvenes y entendíamos el futuro como una recuperación del pasado, debidamente enriquecido, eso sí, con las aportaciones de ciertos maestros modernos que leíamos con voracidad, como Oscar Wilde -a quien Villena ha dedicado luego tantas arrebatadas páginas-, los parnasianos franceses o autores más cercanos en el tiempo, como T. S. Eliot o Ezra Pound, a los que idolatrábamos. En este Diccionario personal sobre griegos y latinos (así reza el subtítulo del libro), Luis Antonio salda la deuda que contrajo entonces con la literatura grecolatina, empezando por el emperador Adriano (el de Animula, vagula, blandula, ya saben) hasta terminar con Virgilio, pasando por casi todos los autores griegos y romanos que merecen la pena, incluida la enciclopedia bizantina Suda, fundamental

para el conocimiento de las letras antiguas. Animus quod perdidit optat, leemos en Petronio, o sea, «El espíritu desea lo que ha perdido» (traducción de Villena). Libros como éste devuelven lo extraviado a la memoria colectiva, pero sin que el deseo disminuya.